





Antonio Escuder

LA MOLINERITA DEL GUADAÍRA



Título: La molinerita del Guadaira

Primera edición: junio, 2025

© 2025, del texto Antonio Escuder Haba.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1228-2025

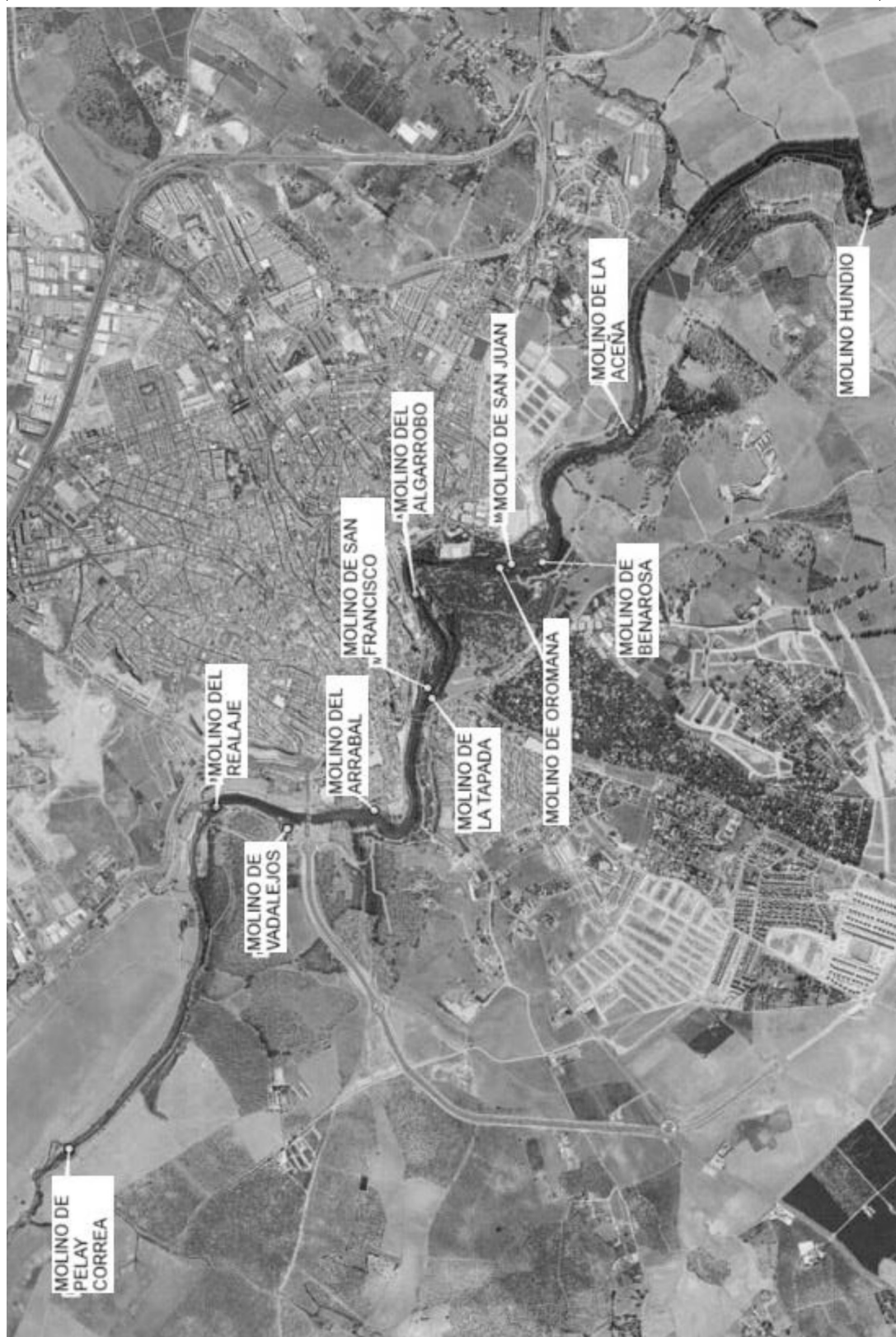
ISBN: 979-13-87720-22-3

*A mis compañeros de piso de estudiantes en Valencia
y a los amigos que hice en Alcalá durante las obras en la
Ribera del Guadaira, tras las cuales fue declarado el espacio
Monumento Natural.*



ÍNDICE

PRÓLOGO	11
Capítulo I EL BOSQUE, 1952.....	15
Capítulo II EL CASTILLO, 1962	23
Capítulo III EL ALGARROBO, 1963.....	29
Capítulo IV VALENCIA.....	35
Capítulo V EL TREN DE LOS PANADEROS	51
Capítulo VI LAS ACEÑAS.....	59
Capítulo VII BARRIO CHINO	69
Capítulo VIII BARRIO DE SAN JOSÉ.....	77
Capítulo IX EL SUPERMERCADO.....	91
Capítulo X DEL FESTIVAL A LAS GALERÍAS.....	97
Capítulo XI COMIENZO DEL ÚLTIMO CURSO	107
Capítulo XII EL DETECTIVE SEBASTIÁN.....	117
Capítulo XIII DE BODA EN BODA.....	135
Capítulo XIV EL HALLAZGO	145
EPÍLOGO I LOS PERSONAJES	151
EPÍLOGO II LOS MOLINOS.....	153





PRÓLOGO

El río Guadaira, a su paso por la población de Alcalá, a la que le da su apellido, presenta características ecológicas y paisajísticas de gran interés. El parque histórico, original de 1.929, estaba constituido por el Bosque y los Parques de Oromana, San Francisco y el Vivero.

Desde 1.997 hasta 2.010, se fueron realizando, en el tramo urbano, obras, incluidas en proyectos redactados por el autor de este libro, de reforestación de márgenes, construcción de caminos y sendas, rehabilitación de azudes, restauración de molinos, creación de áreas deportivas y de descanso, pasarelas y otras que han ido integrando y acercando el río al propio municipio, siendo en la actualidad muy visitado y utilizado para paseo y deporte.

El conjunto del parque fue declarado Monumento Natural, como se publicó en el Boletín Oficial de la Junta de Andalucía el 13 de enero de 2.012.

En el río existen una serie de molinos harineros, que lo acompañan y ponen a las claras la importancia que tuvo la actividad artesanal en la economía de la zona. La industria asociada a la fabricación del pan le otorgó a la ciudad el apelativo de Alcalá de los Panaderos.

Enumerándolos desde aguas arriba hacia aguas abajo, estos molinos son a uno y otro lado de los puentes de entrada en la ciudad, los que se sitúan en el mapa al inicio del libro.

Molino de la Aceña, molino de Benarosa, molino de San Juan, molino del Algarrobo, molino de la Tapada, puentes sobre el río, molino del Arrabal, molino de Vadalejos, molino del Realaje y molinos de Pelay Correa.

Están enclavados en un paraje de gran belleza paisajística, cooperando a ello sus azudes y la formación de láminas de agua que estos producen.

El origen de estos molinos árabes hay que remontarlo, al menos, al siglo XII. Tras la conquista cristiana el valor que se le siguió dando a los molinos fue alto, por cuanto sus rentas eran un recurso económico importante. Este fue el motivo para que Alfonso X diera molinos tanto al Concejo Sevillano, como a las Órdenes Militares, a miembros de la familia real, a personas vinculadas a la corte o a altas jerarquías eclesiásticas.

Su crisis se inicia a fines del siglo XIX, culminándose a principios de los años 40 del siglo XX, cuando prácticamente todos los molinos dejan de producir, debido al empleo de la energía eléctrica, motores, nuevas técnicas y procesos de fabricación en serie. Este tipo de edificios pasó a estar totalmente en desuso, en proceso de ruina o destruidos totalmente.

El caso de los Caños de Carmona es especialmente significativo. La necesidad de aportar agua para el consumo de Sevilla movió al califa almohade Abu Yaacub Yúsuf en 1.171 a la realización de una acequia que recoge una serie de galerías subterráneas, que se alimentan de los aportes de manantiales.

Un tramo subterráneo llegó a mover el molino de La Mina que se conserva aún bajo la calle del mismo nombre.

Pasado el actual polígono industrial de La Red, y la Barriada de Torreblanca de los Caños, emergía la corriente al exterior, merced a un canal artificial con una serie de acueductos construido hasta la misma Puerta de Carmona en Sevilla.

Así pues, Alcalá de Guadaíra ha sido hasta hace poco la suministradora de agua y pan de la ciudad de Sevilla.

La rueda horizontal de madera con paletas a modo de radios, o rodezno, se instala en un sótano abovedado o inferno, siendo el instrumento mecánico que inicia todo el proceso de molienda. El movimiento generado por la caída del agua sobre las paletas se transmite directamente a un eje vertical que penetra, a través de la bóveda, hacia la sala superior, también normalmente abovedada, que es donde se sitúan las piedras de moler. La primera de ellas (solera) se fija en el suelo, mientras que la superior (volandera) se engarza con el eje vertical del rodezno, moviéndose al unísono con éste.

Estos molinos de rodezno se agrupan en dos tipos: el llamado de canal o ribera y los de cubo.

El primero de ellos se mueve por la corriente de agua del río, teniendo como características la construcción de un dique o azuda, rematado en su coronación con una superficie horizontal empedrada que hace las veces de camino de acceso al molino, que represa el agua y la dirige hacia los canales de alimentación de los distintos rodeznos.

En cuanto a los molinos de cubo, se alimentan con el agua de manantiales, que llega a través de un acueducto o atarjea de fábrica de ladrillos o piedras y mortero hidráulico. Al final del recorrido, la atarjea se bifurcaba en ramales o se ensanchaba en forma de delta, con el fin de distribuir el agua a los cubos a los que les cae en vertical, con la fuerza de la gravedad, hasta el rodezno.

Casi todos los molinos tienen una vivienda adosada, situadas junto a ellos, pero algo más alejadas del río y a superior cota para evitar que se inunden en épocas de avenidas, como ocurre con los molinos.



CAPÍTULO I

EL BOSQUE, 1952

Pasadas las primeras lluvias del otoño, a pesar de las dos últimas semanas soleadas, el sendero del bosque mantenía la humedad en toda su umbría. A un lado, en paralelo, discurre el río Guadaíra, sembrado de molinos harineros. El otro lado lo marca un corte vertical de aquellos alcoves por donde rezuman las gotas cristalinas, que no desaparecen en todo el verano y que riegan la arboleda mediterránea y los suelos tupidos de acantos.

Discorre el camino del bosque entre el molino de la Tapada y el huerto de Alfonso, el viejo molinero del Algarrobo. Mirando al cielo se ve el penetrar de los rayos de sol, que son capaces de atravesar esa cubierta de árboles que hace del sendero una espesa galería.

Allí es donde ese día habían quedado en juntarse los amigos. Ya estaban los hijos de Artemio, el arenero, que vivían en la entrada de la población por el puente romano, llamado de Carlos III por la restauración que se le hizo por entonces, junto al abrevadero de la vaguada del Perejil y de la flamenca Venta Platilla. Su padre tenía una casita con un corralón donde guardaba la media docena de borricos y la arena que recogía con ellos, ataviados de grandes serones, cuando las avenidas del río las depositaba entre los molinos de San Juan y Benarosa.

Gustaba ver a los muchachos cómo el arenero llenaba con su pala los serones que transportaban goteando y en procesión los borricos, y también los molinos cuando se inundaban en épocas de las copiosas lluvias que caían en la extensa cuenca vertiente.

Faltaban por llegar, de la ladera del castillo, Enrique y sus hermanas, los hijos del esquilador, que vivían en una pequeña casa cueva, cercana a la del cantaor local Manolito de María, junto al sendero que baja y termina en el río, a la vera de los restos del molino del Arrabal.

El esquilador de burros era analfabeto, como presuntamente lo serían toda la vida sus tres hijos. A pesar de que el Ayuntamiento había constituido un censo para escolarizar, en cuyo listado se podían ver los nombres de los hijos del molinero de Benarosa, los del arenero y el de la Molinerita, pero no aparecían los de esta familia gitana.

El molinero sí sabía leer y de cuentas, incluso escribir los números y algunas palabra y frases sueltas, lo que le valía, no solo para llevar su negocio y calcular el valor de la maquila, sino también para enseñar a sus hijos y al hijo del arenero, al que todos llamaban Temino, diminutivo del nombre de su padre.

Llegaron al lugar de la cita, a la par que los hermanos del Castillo y la hija del molinero de Benarosa, que no todos los días hacían acto de presencia en la alejada escuela, como era su deber. Tampoco el maestro los echaba de menos cuando faltaban.

Ya estaban todos allí, era un poco tarde para espiar la salida de la señora que se tapa la cara con su velo, pero no para robar una cuantas naranjas del huerto del Algarrobo. Su dueño estaba muy atareado moliendo un carro de sacos de habas, que le llegó hace unos días, y no le dedicaba atención al huerto, donde con el terminar del verano se acabaron los tomates, pepinos y pimientos que sembró. También había recogido ya los dos sacos de patatas que cosechó y

solo los naranjos mantenían su fruto, que ya maduraba.

Temino se encontraba muy a gusto con sus acompañantes, sobre todo porque entre ellos estaba la hija de Benito, el de Benarosa, a la que todos en el pueblo llamaban la Molinerita, una niña que poco a poco se iba ganando los primeros atributos de mujer.

Ella, a pesar de sus grandes ojos, no veía la inquietud que le producía a Temino, quizás porque los dedicaba más a estar pendientes del espigado niño del Castillo.

Continuaron su camino, atravesando el huerto, hasta la pequeña laguna que se forma junto al molino cuando crece el nivel de agua del río y que albergaba una familia de patos y algunos peces con los que los niños se especializaban en las artes de la pesca, con hilos atados a la parte superior de unos palos y en los que ataban, en su otro extremo, una lombriz junto a un anzuelo hecho con un trozo de alambre.

Entraron en el molino, que estaba funcionando a tope para terminar su cometido, antes de que llegaran las siguientes lluvias, que amenazaban con provocar la inundación de la maquinaria y dejar inutilizado el negocio hasta pasadas las mismas.

Alfonso, el molinero, muy mayor y de torpes movimientos les contaba el funcionamiento del sistema, cómo había que limpiarlo tras las avenidas, para lo que se necesitaba hasta una barca, porque el lodo atascaba la salida de los canales.

Les enumeraba cuáles molinos eran de ribera y cuáles los de cubo.

También les dijo que contaría con ellos para que les ayudaran el próximo año, porque su hijo, aparte de que era bastante debilucho, se iba a estudiar al seminario de Sevilla. Su hija se estaba haciendo farmacéutica para poder ganarse la vida.

—Los molinos están destinados a desaparecer —continuó diciendo—, antes de la guerra había en Alcalá quince, y

ahora ya solo funcionamos cuatro y solo unas cuantas horas al día.

Terminaron los amigos, que ya se habían comido un par de naranjas cada uno, viendo moler habas dentro del molino,

Así se fue yendo la mañana, los muchachos salieron del molino. Temino, Enrique y sus hermanas se fueron hacia el puente romano para entrar en la ciudad, mientras la Molinerita tomaba la dirección contraria hacia Benarosa.

Las hermanas de Enrique, decepcionadas por no conseguir ver nunca a la mujer tapada, que era más madrugadora que ellas, decidieron tomárselo en serio y venir al día siguiente bastante más temprano, solas y sin decírselo a nadie.

Cada uno de estos muchachos ayudaba a sus padres en lo que podían, así el hijo del esquilador sabía afilar las tijeras en la piedra, el del arenero arreaba a los borricos, los alimentaba y los llevaba a abreviar al Perejil todas las tardes.

Solo Benito, el molinero de Benarosa, que no tenía hijos varones, hacía su trabajo sin ayuda de nadie. Alfonso el del Algarrobo, viudo ya, era más pudiente económicamente y le estaba dando estudios a su hija, con la que pensaba pasar su vejez, mientras que su hijo, el seminarista, más adelante se haría maestro, como tenía previsto, en vez de terminar diciendo misa.

Pasados un par de días, las hermanas de Enrique no querían volver a fracasar y madrugaron ese día tanto que aún no había amanecido. Su padre, recién acostado después de haber estado esa noche de cante con sus amigos, no las escuchó salir.

Bajaron a los puentes, cruzaron por el romano, y se dirigieron al bosque. Ya se asomaba el sol. Entre unos arbustos se parapetaron mirando hacia el molino de la Tapada. Al poco rato, salió del mismo una mujer con la cara cubierta

por un velo negro y se dirigió hacia la ermita de San Roque, que se sitúa en todo lo alto.

Las niñas dudaron si seguirla sigilosamente o aprovechar su ausencia para curiosear en el interior del molino. Fue esta última la alternativa elegida.

La luz, que comenzaba a entrar por una de las ventanas, les hizo apreciar lo limpio que se encontraba el interior. Se ve que la mujer de la cara cubierta lo cuida con esmero. De muebles solo vieron un sillón, donde se supone que dormiría la inquilina, ya que no había ninguna cama, y una mesita con una silla.

Abrieron el primer cajón de la mesa donde, liados con papel de periódicos, descubrieron pan y algunos embutidos que habían compartido parte de su grasa con el envoltorio.

Del otro cajón sacaron una talega de paño anaranjado y estampado de figuras que les recordaron a un plato viejo que ellas tenían en casa, de loza de La Cartuja de Sevilla.

Adela lo tomó en su mano, lo removió un poco, sonaba metálico, comenzó a abrirlo desatando el cordón que lo cerraba. Eran joyas y monedas blancas y doradas.

—¡Un tesoro! —dijo la hermana menor—. Esta tía es rica.

Inmediatamente a ambas empezaron a temblarles las piernas y a acelerárseles los latidos del corazón. Se miraron, y como si los ojos de cada una hubieran servido de lengua, según decía una letra que le habían escuchado cantar muchas veces a su padre, se entendieron rápidamente y salieron corriendo por el bosque hasta llegar a las inmediaciones del molino del Algarrobo. Entre las cañas del borde de la laguna se sentaron en el suelo muy juntitas. No se atrevían ni a salir para coger una naranja del huerto.

Pasaron unas horas y cuando el sol ya ascendía apareció el viejo molinero, que abrió la puerta y entró dentro. Ellas entraron detrás.

—Si venís un poco más tarde —dijo Alfonso—, os

encontráis el molino cerrado. Solo vengo a coger un poco de trigo que tengo aquí, en unos sacos, para las gallinas de mi casa. Me voy enseguida. Ya en primavera vendré a preparar el huerto y a limpiar su alberca, donde os dejaré bañar si no venís con muchos niños.

Tenía el molinero dos medios sacos con trigo a mitad de la escalera que sube a la azotea, adonde no llegaría el nivel de agua de las avenidas del invierno.

—¿Nunca te han robado cuando has dejado el molino solo? —preguntó Adela.

—Sí, una vez, entraron y se llevaron un saco con el poco trigo que tenía. Creo que fue alguien del Castillo que tiene gallos de pelea... pero no estoy seguro. Tuve que comprar trigo para mis gallinas ese año, por primera vez en mi vida. Lo peor fue el destrozo que hicieron al forzar la puerta.

Adela subió escalera arriba, con la excusa de divisar si venían sus amigos. Llevaba la talega robada disimulada bajo la rebeca. En la pequeña azotea fortificada, vio un hueco en la pared, junto a una de las esquinas. Era un agujero horizontal que en el fondo se hunde un poco hacia abajo, muy apropiado para esconder el botín.

Durante los siguientes días, las niñas no aparecieron por el bosque, ni siquiera llegaron a pasar el puente. Se quedaron en el arrabal de San Miguel, donde vivían, o dentro del Castillo, o todo lo más bajando al abrevadero del Perejil a la hora en que Temino venía a dar de beber a sus burros.

Fue ya pasado el invierno, al ver que Alfonso, el molinero, aparecía por el huerto del Algarrobo, cuando se acercaron a verlo.

Aprovechando que el molino estaba abierto, entraron y subieron arriba, allí se encontraron el hueco tapado con piedras sujetas con mortero de albero y cal. Perfectamente se distinguía esa zona reparada de la pared del resto, más oscuro y erosionado.

La duda que ahora las asaltaba era saber si el molinero

descubrió la talega de joyas o bien tapó el agujero dejándola dentro.

—Señor Alfonso —le dijo Adela—, es usted un buen albañil, el desconchón que había en la azotea del molino le ha quedado perfecto.

—De desconchón nada —contestó Alfonso—, eso es cuando se cae un trozo de la capa de cal de una pared. Esto era una avería en toda regla.

Por la respuesta del molinero parecieron apreciar que este no había visto el tesoro, de cualquier forma, durante las siguientes semanas lo siguieron a escondidas, para ver si su vida hubiera cambiado, si vestía mejores ropas o compraba más comida que antes.

Dedujeron, a la vista del espionaje realizado, que todo seguía igual, lo que también ocurría, sin duda, con el tesoro.